

EL SUEÑO DE DAUNDÉ

En el destartado televisor que compartían con otras veinte familias, Daundé y sus hermanos observaban sin cesar la publicidad navideña de los canales europeos. Tenían instalada una antena parabólica sujeta al tejado del centro de reuniones con unos alambres viejos y corroídos. Él no entendía nada: la nieve, el frío, ese señor de rojo y de barba blanca que traía regalos a los niños. Nada de eso ocurría en Malawi. ¿Dónde estaba esa gente tan distinta a ellos? En pleno mes de diciembre el calor era sofocante, los mosquitos formaban zumbantes nubes que recorrían las orillas del lago ávidos de sangre, las garzas y las cigüeñas habían regresado ya desde el norte. Aquella espuma blanca que caía del cielo según contaban en la tele no podía existir. ¿Por qué todos llevaban esas ropas tan extrañas y tan gruesas? Preguntó a su

mamá y a Carlos, el médico que visitaba la aldea cada quince días, y los dos le dijeron lo mismo: en otras partes del mundo ahora es invierno y hace mucho frío.

- ¿Y por qué ese señor del carro no viene por aquí a traernos regalos? No le respondían; sabían que no era bueno crear falsas ilusiones. No paraba de hacer preguntas de todo tipo; por eso Carlos sentía por él un cariño especial. Le encantaba verse rodeado de niños cada vez que abría el consultorio médico; su permanente alegría compensaba en cierto modo las carencias de medios que sufrían. Y también las afectivas.

Daundé era un niño muy despierto. Ya desde los dos años dominaba el lenguaje mucho antes que su hermano Matuki, once meses mayor que él. Hablaba chichewa con soltura y podía construir frases sencillas en inglés. A sus siete años había aprendido a pescar y a confeccionar anzuelos;

ayudaba a su padre en la reparación de las redes y leía casi sin dificultad. Pero lo que más le gustaba era jugar. Iba todas las tardes a la plaza terrosa que se encontraba en el centro del poblado, donde casi medio centenar de niños corría detrás de un balón de plástico como si quisieran cazarlo para echarlo a la cazuela. Le divertía enormemente ese juego que llamaban fútbol, aunque sabía que hasta dentro de unos años no podría disfrutar de él. Los mayores no permitían a los más pequeños que les estropearan el partido; por eso casi nunca podía tocar el balón. Volvía a casa decepcionado, triste, contando los días en que cumpliría los diez años para estar en el grupo de privilegiados. En el camino de vuelta, pateaba todo lo que encontraba: piedras, ramas, botes vacíos e incluso a algunos animales que no se escondían a tiempo. Soñaba con llegar a ser una estrella, uno de esos jugadores que veía por la tele y que le parecían dioses.

Por las mañanas se levantaba temprano, antes de que amaneciera, para ir con sus hermanos al lago a recoger el escaso pescado que su padre traía. Después de tomar un plato de arroz cocido y un sorbo de caldo de sorgo y pescado, cogía su cuaderno y sus lápices de colores y se dirigía al colegio. Junto a otros niños tenía que recorrer más de dos kilómetros por caminos polvorientos; pero eso a él le daba igual. Disfrutaba dibujando con los trozos de pinturas que les regalaba la maestra cuando éstas eran tan diminutas que casi no se podían coger con los dedos. Le gustaba también leer, sobre todo los cuentos que hablaban de otra época mejor, cuando nadie pasaba hambre y había pescado en abundancia. Ahora todo era distinto: la sequía, la contaminación y la sobreexplotación del lago habían dejado casi sin alimento a las poblaciones ribereñas. Los pescadores necesitaban muchas horas para llevar algo a sus casas, mientras que hace tan sólo

veinte años había pescado para ellos y para vender en gran cantidad. Daundé dejaba volar su imaginación, pensaba que un día todo cambiaría y volvería a ser como en los cuentos antiguos. Nadie pasaría hambre. Soñaba además con disfrutar de la cantidad de juguetes que observaba en la tele, al igual que lo hacían aquellos niños blanquecinos que no paraban de reír y de comer. Recorría mentalmente lo que más le llamaba la atención: las bicicletas nuevas y relucientes, los patinetes, los coches teledirigidos y, cómo no, el balón. Entonces esbozaba una amplia sonrisa, con su mirada ausente, y se veía en el centro de un estadio de fútbol lleno de gente que gritaba su nombre. Corría y corría detrás de la pelota al igual que lo hacían sus ídolos, y llegaba a la portería. Pero cuando lanzaba el balón, cuando todo el público estaba en silencio esperando el inminente gol, regresaba a su realidad sumiéndose en la tristeza. Pronto todo cambiaba, con el comienzo de la clase de

matemáticas. Para él era como un juego hacer sumas y restas, unir conjuntos y dividirlos, jugar a hacer grupos en clase según el color de la camiseta o clasificar a sus compañeros por el número de dientes de leche que les faltaban.

Aquellos días comenzaron los preparativos para la fiesta de fin de año. Las tradiciones de los países ricos avanzaban inexorablemente y engullían a otras ancestrales de las que sus antepasados se habían sentido orgullosos durante generaciones. Los niños ayudaron en la decoración de la escuela; hicieron dibujos de lo que para ellos era la Navidad y los pegaron en la pared de madera: abetos llenos de luces, montañas nevadas, casas adornadas y un sinfín de folios multicolor se agrupaban desordenadamente sobre los tablones. Ningún niño había visto jamás lo que habían plasmado en el papel, sólo tenían la referencia de lo que les contaban los

“pálidos”, como ellos nos llamaban, y de lo que veían en la tele comunitaria. Pero a todos les parecía algo maravilloso.

La celebración del solsticio de verano en Malawi era un rito antiquísimo. En la actualidad, danzas y bailes tribales y canciones milenarias se mezclaban con guirnaldas de espumillón y belenes de poliuretano. Era un ser y no ser, una lucha encarnizada que enfrentaba y a la vez unía a dos mundos, a dos culturas antagónicas y sin embargo coexistentes.

Las celebraciones navideñas al estilo británico provocaban recelosos comentarios de los miembros más ancianos de la comunidad. Este hecho indirectamente hacía mella en el resto de la población. A Daundé no se le escapaba esa sensación extraña, mezcla de diversión y desagrado, que percibía en la cara de su abuelo. Pero a él le fascinaba todo lo nuevo, lo importado de las costumbres europeas.

El día previo a la Navidad, la agitación en la escuela era palpable. Al día siguiente celebrarían una fiesta, con baile, música, villancicos y chocolate. Daundé se acostó después de reparar las redes con su padre y con sus hermanos mayores. Estuvo dando vueltas en el colchón que compartía con Matuki durante mucho rato, pero poco a poco el sueño se apoderó de él.

Unos minutos después se encontraba en el centro de una gran ciudad llena de coches que tocaban sus cláxones provocando una gran algarabía. En todas las direcciones se veían edificios excesivamente decorados con luces de colores. Era una noche fría, casi gélida; nunca él había sentido esa sensación. A pesar de eso estaba encantado, parecía petrificado observando todo lo que le rodeaba. Comenzó a andar observando los escaparates de las pastelerías llenos de figuras de chocolate y mazapán, y se paró delante de una

enorme tienda de juguetes. Allí estaba todo lo que él deseaba: coches de carreras en miniatura, barcos piratas, bicicletas y mucho más de lo que pudiera haber imaginado. Alzó su mirada al oír que alguien lo llamaba: Daundé, ven aquí. No daba crédito a sus ojos. Un hombre enorme vestido de rojo, con la barba y el pelo totalmente blancos se dirigía a él. Al principio se asustó un poco, pero luego se acordó: ¡lo había visto tantas veces en el viejo televisor!. Era Papá Noel. Vio caer la nieve y pudo sentir en sus oscuras manos la sensación blanda y fría. Despertó por la mañana con una sonrisa en su cara; parecía haber vivido algo maravilloso.

La hora de la fiesta del colegio se acercaba. Daundé y sus hermanos se preparaban impacientemente para acudir a la escuela. Se bañaron en el lago y se peinaron sin protestar, se vistieron con sus mejores ropas y se pusieron en marcha.

La maestra daba sus últimas instrucciones para que todo estuviera preparado. Los niños se colocaron en el patio y se amontonaron en torno a la humeante cacerola de chocolate; y entonces ocurrió. Daundé abrió sus enormes ojos negros. Acompañado de una bonita música, apareció Carlos. Y detrás de él, ¡Papá Noel!. Su sueño se estaba cumpliendo. El médico, acompañado por otros miembros de la ONG con la que cooperaba, había viajado a Chilumba y, a pesar de su escaso presupuesto, había adquirido una gran cantidad de juguetes. Fueron llamando a los niños uno por uno. Preciosos camiones y llamativas muñecas, arcos y flechas de plástico, todos fueron recibiendo su regalo. El bullicio casi no dejaba escuchar los nombres que Papá Noel iba pronunciando. Cuando llegó su turno, Daundé se aproximó nervioso y extendió sus manos regordetas esperando su juguete. Lo cogió con ímpetu y comenzó a

saltar y a bailar; se abrazó a su amigo Carlos y así estuvo durante varios minutos. ¡Papá Noel le había obsequiado con un balón multicolor!. Ahora podría jugar siempre que quisiera.

La fiesta continuó durante varias horas, parecía que la alegría había llegado para quedarse. Por unos días se olvidaron las preocupaciones; hasta los mayores se contagiaron de ese gozo y celebraron la entrada del nuevo año como nunca lo habían hecho. Carlos y la maestra sonreían satisfechos. Habían logrado algo mucho más importante que lo que hacían a diario. La ilusión compartida. Eso, no tenía precio.

Nacho Barahona